

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Número 77

Tres 'solterones'
discretos



25 cénts.

Protagonistas
Eleanor Boardman

Revista Semanal



TRES SOLTERONES DISCRETOS

(THREE WISE FOOLS, 1923)

Argumento, en forma de novela, de la interesantísima comedia dramática así titulada. Película excelente, exclusiva de «Goldwyn Cosmopolitan Corporation»; Rambla de Cataluña, 129.

Protagonista: ELEANOR BOARDMAN. Intérpretes principales, en los papeles de los tres solterones: William H. Crane, Claude Gillingwater y Alec Francis.

I

El juez Jaime Trumbull, dirigiéndose al procesado, exclamó:

—Benjamin Suratt, alias Benito el Ganso, en nombre de la República y por autoridad de la Ley, quedáis condenado a quince años de presidio.

El hombre a quien iban dirigidas estas palabras, malcarado y de impulsos insíntivos, se alzó del banquillo y gritó:

—¡Me las pagará! ¡Juro que me las pagará usted!

Se dió orden de desalojar la sala. El jurado se retiró y el ya condenado fué llevado a un calabozo.

desde donde sería trasladado a un presidio. El juez, olvidado ya, o poco menos, de lo que había sucedido, salió de la Audiencia y se encaminó hacia su morada, situada en la aristocrática Avenida del Río.

En esta morada, antes de que el juez llegara, Teodoro Findley, jefe de la casa bancaria de Findley y Compañía, que también habitaba allí, se distraía haciendo combinaciones con una baraja. Lo miraba, fijamente y con una sonrisa en los labios, uno de los habitantes de la casa: el doctor Ricardo Gauni, psiquiatra del Instituto de Rockefeller.

Entró un camarero, que puso sobre la mesa del banquero una bandeja en la que campeaban algunos vasos, visiblemente de medicina.

El doctor, dirigiéndose a su convecino, después de haber mirado su reloj, exclamó:

—Hace dos años que toma usted ese remedio a las ocho y cuarenta y seis minutos, sin que hasta ahora le haya servido para nada.

A tiempo que hablaba, se fué acercando a la mesa junto a la cual estaba su amigo. Cuando llegó, éste, alzando los ojos, le contestó:

Cierto. Pero, ¿qué hacer? ¿Acaso me aconseja usted que le pida a mi doctor otra receta?

—No, algo más. Lo que nos hace falta a los tres es cambiar de vida. Eso es... cambiar de vida. Ni usted, ni el juez, ni yo, vivimos... ¿Lo que hacemos es vegetar!

El banquero miró al doctor con una mirada de asombro. Casi no entendía aquel lenguaje. ¿Se habría vuelto loco el doctor? No lo parecía. Al contrario, sus palabras eran más reposadas que de costumbre. El doctor, casi adivinando los pensamientos de su amigo, se sentó sobre la mesa y continuó:

—Necesitamos algo que nos tonifique el espí-

ritu, que nos llene de actividad, que despierte en nuestras almas la locura de las olas...

—¡La locura de las olas!—repitió como un eco el banquero, en tanto que abría más y más los ojos como si por ellos le hubiera de entrar la comprensión de las palabras de su compañero.

—Necesitamos—añadió el doctor—sentir el soplo vital; embriagarnos con la emoción del goce, del peligro, del dolor... del pecado...

—¿Del pecado? Empezar a interesarme. ¿Qué se le ocurre para empezar?

—Algo extraordinario... champagne bebida en una zapatilla femenina... ojos y labios que hablen de juventud...

El banquero estaba cada vez más asombrado. Iba a contestar algo, cuando entró en la estancia un nuevo personaje: un joven, sobrino del banquero, llamado Jorge Schuyler, que hacía poco había terminado sus estudios.

El banquero, entregándole un sobre cerrado, le dijo:

—Presenta esta carta mañana en el Banco y te darán un empleo.

—Gracias—respondió el joven,—pero no lo necesito por ahora.

—Haz lo que quieras, pero te advierto que yo no tolero ociosos a mi lado.

El joven, molesto por estas palabras de su tío, se dispuso a abandonar la casa, acaso para no volver.

El doctor, a quien el sobrino de su amigo le había sido muy simpático, le siguió, alcanzándole junto a la puerta del salón de visitas, en el que entraron ambos a la vez, a tiempo que el doctor decía al joven:

—Esta casa es también mía; su tío no representa en ella más que una tercera parte...

El joven, sorprendido, no acertó a contestar nada.

El doctor agregó:

—¿Ve usted a ese fósil, Jorge? Me refiero a su tío. Pues es su vivo retrato de aquí a cuarenta años.

Rió Jorge de muy buena gana.

El doctor, entonces, echó mano de un álbum y lo mostró al joven, por una página en que estaba el retrato del banquero cuando tenía los mismos años que ahora su sobrino.

Mientras Jorge miraba el retrato, el doctor dijo:

—¿No ha notado el gran parecido que hay entre usted y su tío?

En la página siguiente del álbum había un retrato de los tres solterones juntos: del banquero, del juez y del doctor. Debajo de cada uno de ellos había el nombre de un mosquetero, los célebres personajes de Dumas. Como Jorge riera nuevamente, y muy complacido, el doctor explicó:

—Su tío, el juez y yo nos llamamos *Los tres mosqueteros*.

Jorge, que seguía pasando las hojas del álbum, como viera que en casi todas ellas había retratos de la misma mujer, preguntó:

—¿Quién es la hermosa? Casi no hay página que no aparezca.

El doctor, en lugar de contestar directamente a la pregunta, preguntó a su vez:

—Jorge, ¿no ha estado usted enamorado alguna vez?

—Muchísimas, pero no en serio.

—Pues nosotros sí, y de la misma mujer... De

esa bellísima mujer cuyo retrato está en casi todas las páginas del álbum.

Jorge volvió la cara para reír a sus anchas. El doctor, cuya imaginación le había transportado a los tiempos de la juventud, de la que recordó una famosa escena, no se dio cuenta de la risa del joven. Vuelto a la realidad, dijo a éste:

—No hubo ni habrá nunca mujer que pueda compararse con Rena... Se casó con otro, y desde entonces nosotros tres, que la amábamos, nos vinimos a vivir aquí, juntos. Los tres, desde aquella fecha, hemos vivido pensando en ella.

En aquel momento, el criado avisó al doctor de que había llegado el juez Jaime Trumbull, el tercero del trío venerable, el que fué Athos en días ya lejanos, y que deseaba verle.

El doctor rogó a Jorge que le disculpara unos momentos, y salió.

Había llegado, en efecto, el juez, que volvía de sus ocupaciones en la Audiencia, donde ya hemos visto que había condenado a un hombre y que éste le había dirigido una amenaza.

Pero antes de llegar a la casa, había recibido una carta que puso en su rostro palidez intensa.

El texto de esta carta era lo que quería, sin tardanza, comunicar a sus amigos.

II

En cuanto el juez tuvo a su lado a sus dos amigos, y los criados hubieron salido, y estuvo seguro de que nadie había de oírles, exclamó:

—¡Ha muerto, compañeros!

No necesitaron los otros dos preguntar quién era quien había muerto. Por el tono del juez, por

su reserva antes de hablar, lo adivinaron todo. ¡Había muerto Rena, la mujer amada por los tres!

Una tristeza profunda se apoderó del ánimo de aquellos tres hombres representativos. Las lágrimas, contenidas un momento, corrieron libres, en seguida, por las arrugadas mejillas de todos.

El juez, sobreponiéndose a su emoción, sacó de su bolsillo una carta, que era de Rena, y leyó: «Adios, Porthus y Aramis, viejos amigos míos: Hallándome al borde del sepulcro, les escribo para encomendarles a la persona que más amo en el mundo. Moriré tranquila al pensar que los tendrá a ustedes en su orfandad.»

Luego sacó el juez otro papel, que era una especie de testamento de Rena, y que decía: «Es mi voluntad que, al morir, sean mis tres amigos Leonardo Findley, Ricardo Gaunt y Jaime Trumbull, quienes se encarguen de velar por Mayo.—*Rena de Fairchild.*»

—Debemos hacer cuanto esté a nuestro alcance por el hijo de Rena—dijo el doctor.

—Sí—contestó el juez,—lo rodearemos de toda clase de cuidados y mignos, sin aborrazar gasto.

—Instalaremos al niño en el cuarto azul—anunció el doctor.

El banquero, que era el más bueno de los tres, pero también el más regañón, exclamó, como si estuviese enfadado:

—¿Un niño en esta casa? ¡Ni pensarlo! Vendría a dar al traste con nuestra tranquilidad.

El juez y el doctor iban a contestar algo raro a su compañero. No pudieron hacerlo porque irrumpió con violencia, en la estancia, el sobrino del banquero, que ya se había cansado de esperar al doctor. Dijo en voz alta al entrar:

—¿Se trata de volverme viejo a fuerza de hacerme esperar?

El banquero, al ver a su sobrino, tuvo una idea luminosa. Acercándose a él, le dijo:

—Ya que no quieres aceptar el empleo que te iba a dar en el Banco, te encargaremos de un niño que va a venir a esta casa de un momento a otro.

Jorge se puso a reír ruidosamente. Tan absurdo le parecía lo que su tío acababa de decir.

Un criado, entrando, dijo al juez:

—Señor Trumbull, una señora, que ya ha venido varias veces cuando usted no estaba y a la que dije que volviese, acaba de llegar de nuevo. Desea hablar con usted...

—Dígame que pase.

El juez esperó junto a la puerta la llegada de la visitante. Y cuando ésta entró, sin cuidarse de averiguar quién era ni a qué venía, le dijo con voz sin matices, repitiendo acaso una fórmula ya creada para todos los casos:

—Lo siento, señora, pero me es imposible hacer nada en favor de su esposo, cuya suerte está en manos del jurado.

Si el juez se hubiera fijado en la visitante, no le habría llamado señora, en primer lugar, sino señorita, pues se trataba de una bellísima criatura de menos de veinte años. En segundo lugar, habría advertido el gesto de asombro que se pintó en el rostro de la muchacha al oír su respuesta.

Aguardó, de todos modos, a que el juez terminara. Y cuando terminó, dijo:

—¿La suerte de mi esposo? No sé a qué se refiere. Yo deseo hablar con usted respecto a un testamento.

—¿Ah! ¡Comprendo! Debe usted ser el aca de Mayo Fairchild... ¿Dónde está el niño?

La muchacha, sonriendo gozosamente, contestó:

—Yo soy Mayo Fairchild.

Los otros dos solterones, y Jorge, oyeron la respuesta de la joven. No es posible describir el asombro de los cuatro. Esperaban un niño, acaso pequeño, y llegaba una joven hermosísima, bellísima. ¡Se habían olvidado de que hacía ya veinte años que Rena se casó!

Reaccionaron contra su asombro e hicieron pasar a la muchacha. En seguida, con una reverencia, el banquero dijo:

—*Amén.*

Y el doctor:

—*Pothos.*

Y el juez:

—*Athos.*

Jorge, adelantándose también, exclamó:

—Y yo seré d'Artagnan.

Mayo, hija mía—dijo el juez,—de ahora en adelante ésta será su casa.

—Mayo, en mi calidad de médico—dijo el doctor,—le receto mucho reposo.

—Escaremos siempre pendientes de sus deseos—dijo efusivamente el banquero.

Y Jorge dijo a su tío:

—Como no podré cuidar al niño, para lo que me había destinado, déme esa carta, tío; he resuelto aceptar el empleo en el Banco.

Un criado entró llevando en una bandeja tres vasos de leche humeante. Eran las diez. La hora de irse a descansar los tres solterones. Cada uno cogió su vaso y comenzaron, uno tras otro, a subir la escalera que conducía a sus habitaciones. Mayo se había ido un momento antes, después de besar en la frente al juez y al doctor y de haber recibido

un cariñoso beso del banquero, que era el más lúmeno de todos, como hemos dicho. Por cierto que a Jorge no le agradó ser excepción en aquella circunstancia...

A pesar de la presencia de Mayo en la casa, el banquero seguía vegetando como de costumbre y no entraba por ninguna de las reformas de vida que la joven intentaba.



Una mañana, al ir a tomar el desayuno, encontró que no tenía el periódico. Llamó a un criado, al que dijo:

—¿Por qué no está mi diario en el sitio donde lo he encontrado todos los días año tras año?

El criado, sin contestar, llevó al banquero al lugar en que sus dos compañeros desayunaban, preparado por Mayo, y que era mucho más confortable. En el sitio destinado al banquero, en un aparato expofeso, estaba el diario. Comprobó el viejo

apegado a sus hábitos que aquello estaba bien y sonrió a sus amigos. Ninguno dijo nada, pero los tres se sentían contentos de advertir la influencia bienhechora de una joven admirable y cariñosa que era, para mayor alegría, hija de la mujer amada.

Aunque no se había encargado *del niño*, Jorge tenía ventajas iguales que si estuviera encargado. Pues que salía de paseo con Mayo en auto y charlaba con ella amistosamente. De estas charlas nació en él el amor. No podía ser de otro modo. Mayo era muy bella, muy fina, muy delicada, muy gentil. Un día, por no atropellar, en una carretera, a una vaca, Jorge hubo de parar el auto de súbito. Mayo le había puesto su mano encima de las de él, como para ayudarlo a parar el auto. Jorge acarició aquella mano. Mayo se ruborizó. No cambiaron ni una palabra más. El amor, al nacer, gusta del silencio.

III

Entretanto, allá en el presidio, donde aun no llevaba un mes, Benito el Ganso sentía que crecía su odio hacia el juez que le había condenado. Y estaba dispuesto a escapar para cumplir su amenaza.

Juan Crawshaw, vecino de celda de Benito, no sabía a qué atribuir el amistoso interés que éste le demostraba. En efecto, Benito tenía para él muchas atenciones. Juan había sido alto empleado de un Banco. Desde que estaba en presidio, nadie le había demostrado tanta simpatía como Benito. Un día, éste logró entregarle un papel manuscrito, en el que le decía: «Usted no me conoce, pero yo a usted sí; cuando llegue la ocasión, aprovechéla y no haga preguntas.»

La misma noche del día que le había entregado este papel, logró pasarle otro por debajo de la puerta, que Juan cogió por debajo de la de su celda gracias a advertencias que con golpes en la pared que los separaba le había hecho Benito. El papel, muy doblado, iba acompañado de otro que sólo decía: «Mañana, pase este papel.»

Quería decir que lo pasara de preso en preso y así lo hizo Juan al día siguiente, sin saber que era una contraseña. Cuando llegó junto a Benito, después de haber cumplido su misión, se formó una trapatista. Fueron desarmados los guardias que los vigilaban y poco después los presos eran los dueños del presidio. Cuando llegaron refuerzos, fué fácil vencer a los amotinados. Pero Benito y Juan habían logrado huir en un auto blindado.

Sallieron en su persecución gran número de guardias en otro auto y, además, otros, en un aeroplano, que pronto alcanzó al auto de los fugitivos y comenzó a lanzarle bombas.

En una revuelta del camino, el auto volcó. Sallieron ilesos los dos evadidos, y como había allí bosque, lograron perderse de vista de los ocupantes del aeroplano. Atravesaron a nado un río y por la noche entraron en la ciudad. Estaban a salvo.

Por todo el país se extendió la noticia de la huida de Benito, al que se tenía. Del otro fugado no se decía nada porque no se consideraba peligroso. Sólo Benito preocupaba a las autoridades.

Al día siguiente, con motivo de la fuga de Benito, se recibió una visita inesperada en la lujosa y tranquila morada de los tres solterones en la Avenida del Río: un detective. El cual hizo su presentación al doctor y al banquero y les dijo después:

—El señor juez no regresará de momento, ¿verdad?

—Ciertamente. Todavía tardará en volver de sus ocupaciones.

—Muy bien. Era lo que deseaba para poder hablar con ustedes. Se trata de que nos han ordenado que vigilemos esta casa noche y día. Benito el Ganso se ha escapado del presidio y debe estar escondido en la ciudad. Como tiene amenazado al señor juez... de aquí estas precauciones...

El banquero se asustó.

El detective agregó:

—Tranquilícese usted. El juez señor Trumbull no correrá ningún peligro... mientras no se entere de que le estamos custodiando y se oponga a que sigamos haciéndolo. He venido, pues, para decirles que no le digan nada, puesto que ustedes habían de advertir nuestra vigilancia.

—Muy bien. Por nuestra parte no sabrá ni una palabra.

—Perfectamente. Ahora, cumplida mi misión, me despido de ustedes.

Cuando se disponía a salir, recordó algo. Volvió, pues, al lado del banquero, que era el más preocupado por todo aquello, y entregándole un silbato le dijo:

—Tenga este silbato a mano durante la noche; y si nos necesita, toque dos veces...

Dicho esto, el detective se marchó definitivamente.

En cuanto hubo salido, el banquero, que estaba preocupadísimo, dijo al doctor:

—No me gusta esto... Le pone a uno carne de gallina...

Empezaba a oscurecer y corría un viento huracanado. Como consecuencia, se oían golpes de puertas que se cerraban violentamente, lo cual acrecentaba el miedo del banquero. El doctor, que no

sentía ninguna preocupación porque estaba seguro de que estando la policía advertida nada había de pasarles, y a quien el miedo de su compañero divertía, dijo burlescamente, para divertirse más:

—Puede que ahora mismo esté ese Benito oculto en nuestra misma casa... Y aun pudiera suceder que nos confundiese a usted o a mí con el juez.

El banquero rechazó con un gesto estos dos supuestos del doctor y se alejó de él para no oírle decir tales disparates.

Llegó el juez, que no advirtió nada anormal en el rostro de sus amigos. Cuando hubieron cenado, como hiciera frío, los tres y Mayo entre ellos, se sentaron junto a la chimenea, en la que ardían viejos troncos de encina.

De pronto, se oyó un ruido internal en la estancia vecina. El banquero, temblando, fué a ver lo que había sucedido. Era que el aire había derribado una maceta de flores que había junto a un balcón. Cerró las persianas y puso la maceta en su sitio. Luego, volvió junto a la chimenea, corriendo o poco menos, porque había oído otro ruido extraño. No bastaba para tranquilizarse el haberse dado cuenta de que extrañas sombras, sin duda policías, rondaban la casa, antes tan tranquila, en que vivían. Las había visto por el balcón cuando fué a cerrarlo.

En efecto, gran número de policías, a las órdenes del detective, vigilaban la casa de la Avenida del Río.

Mayo, que leía un periódico, se puso, de súbito, pálido. En la sección de anuncios había encontrado éste: «Hija mía, Mayo querida. Estoy en la ciudad y no he logrado encontrarte. Si llega este anuncio a tus manos, ve a pasearte por la calle de

las Cerezas. Yo enviaré a alguien que te conducirá a mi lado.»

Dejando el periódico sobre la mesa, Mayo dijo:

Voy a retirarme más temprano que de costumbre; me siento cansada.

Besó en la frente a sus tres amigos y subió la escalera hacia sus habitaciones. Poco después, sin que sepamos por dónde había salido, vestida como una criada, Mayo andaba muy de prisa, lejos ya de la casa de los solterones, hacia la calle de las Cerezas. Iba a encontrarse con su padre, el que hacía mucho tiempo que no había visto.

IV

El anuncio que Mayo había leído decía que se pascara por aquella calle entre nueve y media y once. Eran cerca de las diez. Buena hora entonces. Entró en la citada calle, que era estrecha, sucia, miserable, de los barrios más pobres de la ciudad. Hacía un frío horroroso.

En una habitación alta de una de aquellas casas húmedas, se hallaban Juan, el que se había escapado del presidio con Benito, y una mujer joven pobremente vestida. Limpiaban los cristales de una ventana, empañados por el hielo, y miraban hacia la calle, como buscando encontrar en ella a alguien que esperaran.

De pronto, el evadido, gritó a la mujer:

—Corre, Miguelita, es ella. Mirala, aquella.

Y le señaló a Mayo.

Luego agregó:

—Pero ten cuidado con los agentes.

Bajó la escalera corriendo la llamada Miguelita y, cuando ya estuvo en la calle, corrió al encuentro

de Mayo, a la que, dando un golpe en el codo, dijo:

—Sígame.

Mayo, sin decir nada, la siguió.

Cuando iban a entrar en la casa, cruzó un agente. Miguelita hizo como que vendía algo a Mayo, de un mísero puesto de verduras que había junto al portal.

En cuanto el agente se hubo alejado, las dos mujeres entraron en la casa y subieron las escaleras de prisa. En la puerta de la habitación, el antiguo alto empleado de un Banco, esperaba. Cuando llegó Mayo, cayeron uno en brazos de otro. Eran padre e hija. El abrazo, los besos y las lágrimas duraron largo rato.

Llamaron a la puerta. Era Benito, que al darse cuenta de que había allí una persona extraña, preparó su revólver. Amenazó con él a Mayo. Juan le explicó que era su hija. No obstante, Benito no se tranquilizaba.

En las altas horas de la noche, Mayo regresó a la casa de la Avenida del Río. Y desde aquel día todas las noches, Mayo, sin que sepamos por dónde salía, iba a hacer una visita a su padre, al que quería con todo su terror de hija, acrecentado por la desgracia que había caído sobre la vida del autor de sus días de un modo imprevisto.

Algunos días después, en la casa de la Avenida del Río, se preparó la celebración de una fecha importante.

Después de la cena, llevaron los tres solterones a la joven a la estancia en que solían pasar la velada y en la cual, sobre una mesa, lucía un magnífico dulce, encargado al efecto. Una vela, en su centro, se iba consumiendo poco a poco.

—Hoy—dijo el juez a la joven—hace un mes que llegó usted a alegrar esta casa, Mayo.

Rieron los otros dos, y uno de ellos, bromeando y como si se burlara, dijo:

—Con razón decía que no hay peor tonto que un viejo.

Pero ni usted ni sus amigos son viejos—dijo Mayo.—Los encuentro realmente encantadores.

Hablando en nombre de su administrador general—agregó el juez—y de su médico de cámara, tocame a mí, el abogado consultor, expresar nuestro agradecimiento por lo mucho que le debemos.

Yo he vuelto a nacer—exclamó el banquero.

Nuestro galeno es viviente prueba de su filosofía.

—Fíese como se ha humanizado ese fósil—dijo el doctor a Mayo, aludiendo al banquero.

—Hace un mes—repuso éste—apuesto cualquier psicólogo me dio por muerto y aseguró que sólo por obediencia no me enterraban. Pero tonificado por nuevas emociones, me siento capaz de vivir para siempre... de dejarme arrastrar por la fuerza de las alas...

Luego añadió:

—Habiendo demostrado usted que es tan útil como agradable, yo renuncio al cargo de mayordomo de esta casa para que las llaves queden en sus lindas manos.

Dicho esto, le entregó las llaves. Era aquello darle una prueba ilimitada de confianza.

El juez se fijó en el silbato, que el banquero había colocado en el llavero. El banquero, dándose cuenta de ello, para evitar la pregunta del juez, que preveía, respecto al silbato, dijo a Mayo, aludiendo al doctor:

—Si ese grandísimo descompuesto trata de darle una conferencia sobre el sentido transcendental

de la vida, toque el silbato y el juez y yo volaremos a salvarla.

El doctor, comprendiendo el motivo de las palabras del banquero, que le miró de un modo sig-



nificativo, no respondió nada a ellas. En cambio, dijo, dirigiéndose a Mayo:

—Vamos a llevarla esta noche a que conozca la Ópera.

Tocó a la joven responder a todas aquellas pruebas de cariño y, poniéndose en pie, dijo:

El haber venido aquí ha sido como el paso de la noche a la luz. Mamá siempre me había dicho que no había tres hombres más caballerosos que

ustedes. Y decía la verdad. Me han recibido como a una hija, han confiado plenamente en mí... sin hacerme siquiera una pregunta...

Los tres solterones se conmovieron al oír a Mayo hablar así, sobre todo por el recuerdo que les había participado de cómo Rena hablaba de ellos...

Tan conmovidos estaban, que no acertaban a decir palabra.

Un criado entró conduciendo servicio de té para los cuatro. El juez significó el deseo de que Mayo les sirviera el té, a lo que ésta accedió complacida. Cogió la tetera y una taza. Pero advirtió que no caía el líquido dorado.

—Estará en el fondo—dijeron los tres a un mismo tiempo.

Mayo abocó más la tetera y la tapa de ésta se cayó dando paso a un magnífico collar de perlas.

Mayo, sorprendida, se sentó y, sollozando, dijo:

—No quiero joyas. Mi única ambición es vivir aquí siempre.

Los tres solterones se apresuraron a consolarla, y sacaron sus pañuelos y, con cariño, empezaron a limpiarle las lágrimas, que brillaban más y eran más puras que las perlas del collar.

V

Cuando ya Mayo se tranquilizó y los solterones guardaron sus respectivos pañuelos, no sin antes haber mirado bien cada uno si el que guardaban era el suyo, hubo un largo rato de silencio, que cada vez se iba haciendo más penoso.

Los tres viejos no se atrevían a decir nada, temerosos de molestar otra vez a la joven, que era para ellos, sin que se dieran cuenta cabal de ello,

algo así como un ídolo. Y la joven, por su parte, tampoco se atrevía a decir nada, creyendo que había obrado acaso con excesiva acritud al rechazar el collar.

La casualidad, que es madre de muchas cosas buenas, vino a poner término a aquel penoso silencio. Se valió la casualidad para ello, de la llegada imprevista de Jorge, a quien nadie esperaba. Irrumpió en la estancia, como el que tiene algo muy importante que decir, y, dirigiéndose a su tío, exclamó:

—¿Qué usted para una reunión de la Junta Directiva esta tarde, y no ha aparecido por el Banco. Nadie se explicaba su ausencia. ¿Dónde estaba usted?

El banquero, que no estaba acostumbrado a ser interrogado de aquel modo, contestó con una palabra, si no fea, poco conveniente.

Y esto le dio a Mayo ocasión para acabar con la tristeza ambiente. Se presentó ante el banquero, con un vaso en el que había algunas monedas, y dijo sonriendo:

—Ya sabe usted que hay que pagar una multa por decir ciertas palabras. Pague usted la suya.

El banquero pagó y aquello trajo la hilaridad a todos los rostros. Y todos, en seguida, comenzaron a hablar, como si aquello fuese la señal para que terminase el silencio.

El juez dijo a Jorge:

—Vamos a llevar a Mayo a que conozca la Opera.

—Muy bien—repuso el joven, sonriendo.

Y los tres viejos, disponiéndose a subir a sus habitaciones para vestirse convenientemente, se cuadraron ante la joven, con cierta reverencia, y exclamaron, casi a un mismo tiempo:

—¡Partaos!

—¡Athos!

—¡Aramis!

Y los tres:

—*Uno para todos y todos para uno.*

Dicho esto, comenzaron a subir la escalera. En cuanto hubieron desaparecido, Jorge dijo a la joven:

—No hay que preocuparse, Mayo: D'Armagnan irá para protegerla.

Como la vela que ardía en el pastel encargado para celebrar la ceremonia de la fecha estaba ya a punto de consumirse, Mayo se acercó con intención a apagarla.

Jorge, rápido, lo impidió, diciendo a la joven, a tiempo que la miraba con amor infinito:

—Hay que formular un deseo primero.

Mayo, sin hablar, significó que ese deseo sólo se pronuncia para sí, nunca en voz alta, y apagó la vela.

Jorge se acercó a ella y la miró apasionadamente. Y dijo:

—Si es lo que yo deseo, ojalá resulte cierto.

Mayo, comprendiendo el significado de aquellas palabras del joven y de sus miradas, procuró alejarse de él, pero no con molestia, sino como haciendo un gran esfuerzo de voluntad.

Jorge lo siguió, cada vez más apasionado, y le preguntó:

—¿Por qué me esquivo usted siempre?

Mayo no supo qué contestar.

Se sentaron, el uno frente al otro, en silencio.

Jorge, sin dejar de mirar a Mayo con amor, le dijo:

—Hoy me entregaron mi primer sueldo. ¿Quiere usted verlo?

Y antes de que ella contestara, sacó una cajita,

la abrió y presentó a la joven un precioso anillo. Mayo no tuvo fuerzas para oponerse a que Jorge se lo colocara en uno de los dedos de su mano derecha, donde refulgió de un modo magnífico.

Luego, con una voz velada por la emoción, y también por el amor, pues Mayo amaba ya de un modo profundo a Jorge, dijo la joven:

—No debemos dejarnos ilusionar, Jorge. Usted no sabe casi quién soy yo.

Jorge, sin contestar, habiendo advertido el amor que emanaba de esas palabras de Mayo, la abrazó de un modo efusivo. Mayo recibió el abrazo y lo devolvió con toda su alma delicada y enamorada. Y surgieron, espontáneos, los besos, muchos besos. Fue un momento delicioso en que, sin decir una palabra, se confesaron con besos su mutuo amor, intenso y hondo.

Pasado el instante de locura encantador, Mayo se disculpó con estas sentidas palabras:

—Traté de evitarlo, pero mi corazón pudo más que la voluntad.

Con ternura, y sin contestarle nada, Jorge la condujo hacia el centro de la estancia, deseoso de poder empezar a charlar y prolongar con la conversación la delicia de aquel amor que era toda su vida.

Mayo, viendo las llaves que el banquero le había entregado, sobre una mesa, las cogió y, desconsolada de hablar fuese de lo que fuese, dijo:

—Mira, Jorge, ahora soy la señora de la casa, con mando sobre las criadas...

—Pues, siendo así, ten cuidado, porque una de ellas sale furtivamente todas las noches y regresa poco antes de que se levante nadie de la casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo un detective. ¿No sabías que tienen vigilada la casa?

No, no sabía nada. Pero, ¿por qué?

El rostro de Mayo había cambiado con este giro de la charla. Se había puesto pálido. Una terrible preocupación atormentaba a la joven. Jorge creyó que aquella palidez obedecía a la impresión de saberse amada y de amar y no sospechó



por esto el verdadero motivo de ella. Contestando a la última pregunta de la joven, dijo:

—Vigilan para proteger la vida del juez Trumbull, que está amenazada. Un hombre a quien sentenció juró vengarse, y hace ya algunos días que se escapó de presidio. Se teme, pues, que trate de cumplir su amenaza.

Aunque a Mayo le parecía imposible que fuese su padre aquel hombre, deseaba poder informarse de ello. Al efecto, dijo a Jorge:

—Si has de acompañarnos a la Ópera, anda, vé a vestirte, mira que se hace tarde.

Se despidió con un beso y salió.

Al subir, en la calle, al auto, se acercó a él el detective. Y aprovechando esta circunstancia, Benito, que acechaba, llegó a la puerta de la casa y llamó. Salió a abrirle un criado, al que de un puñetazo derribó junto a la puerta para poder entrar, lo que hizo sin tardanza, apareciendo en el salón, donde aun estaba, sola, Mayo.

—¿Benito! ¿Usted! —exclamó, sorprendida, Mayo.

—Sí, yo, el mismo.

—Pero Benito, ellos son mis amigos.

—¿Es el juez Trumbull amigo tuyo?

—Sí.

—Poco me importa. ¿Dónde está?

—Ha salido.

—Mientes. Está en la casa. Lo sé y le encontraré.

Mayo quiso oponerse a que Benito subiera las escaleras. Cuando vio que le sería imposible, en un momento de desesperación, se acordó de las llaves, con las cuales podría cerrar las puertas que conducían a las habitaciones. Al echar mano de ellas, vio el silbato e, inconscientemente, pidió socorro con él.

Benito, viéndose perdido, gritó:

—Si me pescan a mí, tu padre caerá también en sus manos. ¡Y esta vez será condena perpetua!

Mayo, entonces, procuró que Benito escapara por la buhardilla, que era por lo visto el sitio por donde ella salía cada noche. Cuando la policía entró, ya no hallaron a nadie en la casa. Mayo, una vez que hubo proporcionado la fuga de Benito, en-

tró en sus habitaciones para vestirse para la Ópera, creyendo de este modo alejar toda sospecha.

Cuando los solterones bajaron, atraídos por la llamada del silbato, el detective, que los recibió en el salón, les dijo:

—Parece que hubiera cómplices en la casa. ¿No sospecha usted de nadie, señor Juez?

—No, no sospechamos de nadie—respondieron los tres.

—Pues yo tengo noticia de que una de las criadas ha estado saliendo a hora avanzada todas las noches, para regresar poco antes del amanecer.

Los tres solterones se miraron sorprendidos.

VI

Mayo, que apareció en aquel momento, en lo alto de la escalera, vestida ya como para ir al teatro, oyó las últimas palabras del detective, y aunque ya tenía noticia de que se sabían sus salidas por lo que Jorge le había dicho, se puso pálida y titubeó un momento sin saber si volverse a sus habitaciones o bajar al salón. Los criados habían recogido ya a su compañero de junto a la puerta, que había perdido el conocimiento por efecto del puñetazo y se había herido levemente en la cabeza al caer. El doctor se apresuró a curarle.

En el momento de llegar Mayo al salón y acudir presurosa a socorrer al criado herido, simulando gran asombro de lo que ocurría, un policía llegó y dijo al detective:

—Se nos escapó, mi jefe. Alguien le abrió la puerta para que huyera por el tejado.

—Clancy—dijo el detective al policía.—¿podría usted reconocer a la persona que ha estado saliendo furtivamente de la casa todas las noches?

—Es una mujer joven, de la estatura de la señorita, poco más o menos—contestó el policía, señalando a Mayo.

Mayo se esforzó para no darse por enterada de estas palabras.

El juez preguntó al policía:

—¿Qué le hace sospechar a usted que hubo alguien de los de la casa que ayudara a ese hombre a escapar?

El policía presentó el llavero que el banquero había entregado a Mayo y dijo:

Lo encontré en la buhardilla.

La mirada de los solterones se clavó en Mayo. Esta, con calma, en la que se advertía no obstante un poderoso esfuerzo de voluntad, explicó:

—Las dejé en la mesa después de haberlas sacado para enseñárselas a Jorge.

—¿Quién tocó el silbato?—preguntó el detective.

Nadie contestó.

El juez tuvo la certeza de que el cómplice era Mayo; pero no dijo nada. Se ausentó un momento y poco después, volvió con unos zapatos de Mayo que había encontrado en un sitio donde Mayo no tenía para qué ir, lo cual confirmó sus sospechas. Puso los zapatos en una silla y dijo a la joven, mirándola fijamente:

—Mayo, ¿no estuvo usted en el piso alto? Recuerde bien.

No, no he estado allí—contestó Mayo con firmeza.

—¿Cómo se explica entonces que se haya encontrado una habilla de sus zapatos en la escalera que lleva al tragaluz?

Mayo estuvo en silencio un instante. Luego, como haciendo memoria, contestó:

—Esa hebilla estaba para caerse y recuerdo que la arranqué y la puse junto a las llaves.

De este modo creyó Mayo salir del apuro. Pero el juez la miró de un modo que la hizo temblar.

El banquero, como para ver si era cierto lo que decía el juez, cogió los zapatos de Mayo que éste había traído y, viéndolos, exclamó:

—Pero si las dos hebillas están aquí, en su sitio! ¡Veamos la hebilla que tiene usted en las manos!—añadió, dirigiéndose al juez.

No tengo ninguna hebilla—repuso el juez.

Había sido un recurso que le dio el resultado apetecido. Mayo, comprendiéndolo, dijo, pues que ya estaba descubierta y no había lugar a negar:

—No lo hice por mal.

—Si no nos dice usted cómo conoció a ese criminal, la entregaremos a la policía.

Mayo, al oír estas palabras, miró al juez con mirada llena de reproches, salió corriendo hacia la escalera y cuando la hubo subido, gritó:

—¡Nunca lograrán que yo diga nada! ¡Nunca!

Y antes de desaparecer para dirigirse a su habitación, gritó otra vez:

—¡Nunca, nunca diré nada!

Cuando pasó el estupor que esta actitud de Mayo había causado, el juez dijo:

—Creo que hicimos mal en abrirle los brazos a Mayo y en recibirla sin haber averiguado sus antecedentes.

Casi confesó haber ayudado al malhechor a que escapara—añadió después de una pausa.

—Tranquilícense ustedes—dijo el detective.—No se nos escapará, Clancy la vigila... Mi sistema es no espantar la caza.

En efecto, poco después, cuando Mayo salió de su habitación, y en seguida de la casa, por el si-

tio de costumbre, el policía, sin que ella se diera cuenta, la seguía.

También los otros agentes y el detective abandonaron la casa, en espera de ser llamados por Clancy de un momento a otro.

Cuando ya todo estaba tranquilo, llegó Jorge, preparado para ir a la Opera. Le enteraron de lo sucedido. Subió a la habitación de Mayo, de la que bajó en seguida lanzando a los tres solterones estas palabras:

—Dejó en la habitación las perlas que le habían regalado. Supongo que para ustedes eso también será prueba de que es culpable... Ustedes se creen tres sabios, y no hay tal! ¡son tres viejos tontos! ¡Diganlo! ¡Tres viejos tontos!

Y salió como finición para ir en busca de su amante.

VII

Al quedarse solos los tres, malograda la ceremonia y sin poder ir ya al teatro, la casa ofreció el aspecto de un necrocurio.

El banquero echó mano de sus cartas, hacia tiempo abandonadas, y comenzó a hacer nuevas combinaciones. Como se le escapaba una palibrama, fué hacia el vaso que Mayo tenía para ella, y depositó en él la multa. ¡La fuerza de la costumbre! El solo se impuso y se pagó la multa.

El doctor, que se hallaba sentado a alguna distancia, exclamó:

Vegetando, Teodoro, vegetando. ¡Tenemos el alma muerta y no lo sabemos! ¡La locura de las olas? ¡Bah!

—Bueno, vegetando y todo me sentía muy bien... Y la próxima vez que alguien trate de en-

trometerse en mis costumbres, acaso cometa un desaguisado. ¡Que me dejen en paz!

—Sin embargo, esa muchacha trajo a nuestra vida una ráfaga de luz maravillosa. Pero hemos sido como niños que vicían pasar la vida desde una ventana... Pero, en fin, nos queda nuestra amistad.

—¡De ahora en adelante, no más mujeres!

El juez no decía nada. Se paseaba impaciente a todo lo largo del salón.

Entretanto, Mayo había llegado a la calle de las Cerezas y, creyendo que nadie la veía, había entrado en la casa en que vivía su padre con Benito. No había nadie en la habitación. Poco después, llegó Benito, que al verse solo con la joven, tan bellísima, acarició la idea criminal de hacerla suya. Fue una ráfaga de locura, más fuerte que todo lo demás. Mayo, instintivamente, se dio cuenta del peligro en que estaba y se dispuso a evitarlo. Pero Benito había cerrado la puerta...

El policía que siguió a Mayo llamó a sus compañeros y a otros agentes además para lo que pudiera suceder, los que actuaron rápidos.

En el momento en que Benito se disponía a poner en práctica sus criminales pensamientos acerca de Mayo, llegaron los policías, que hubieron de hundir la puerta. Les prendieron a los dos, a Benito y a Mayo, no sin que el primero gastara antes todas sus municiones, y les condujeron, primero de todo, a la calle de la Avenida del Río, en donde dejaron a Mayo en una habitación, como presa, y entraron con Benito en el salón en que estaban los tres solterones, donde el preso intentó abalanzarse sobre el juez, lo que impidieron a viva fuerza sus apresadores.

Viéndose ya impotente, Benito dijo:

—Bien, me han pescado a mí, pero lo que es al otro no lo pescarán. No diré nunca dónde está, aunque me maten. Yo no soy ningún soplón. ¿Me entienden?

Se refería al padre de Mayo, pero no le entendían, pues que aquel fugado nadie pensaba en él. Entretanto, el padre de Mayo había llegado



a la casa en que vivía, donde Miguelita le explicó que habían preso a Benito y a Mayo y los habían llevado a casa del juez Trumbull. Juan, por salvar a su hija, decidió presentarse. Poco después, en efecto, llegaba a la casa de los tres solterones, donde aun estaba Benito repitiendo que no diría dónde se hallaba su compañero de evasión.

Al entrar, dijo:

—Soy Juan Crawhay y vengo a entregarme.

—¿Qué está usted haciendo?—le dijo Benito.—Yo no he soltado una palabra, y usted se presen-

ta... ¿No comprende que al verle a usted de nuevo en presidio será la muerte para ella?

Como viera que todos le interrogaban con la mirada, añadió:

El es el padre de la joven que habla aquí. Y ella se morirá de pesar si lo ve preso nuevamente...

Todos comprendieron entonces la actitud de Mayo, pero nadie dijo una palabra.

Benito, comprendiendo que para él ya no había salvación, comprendió que debía salvar a Juan, lo cual estaba en su mano. Fue bueno, en aquel momento. Pidió un trozo de papel y escribió algo en él, que alargó a Juan, el cual exclamó:

—¡Mi firma!

—Sí, su firma ¡ahora comprenderá usted lo que no había querido revelar desde que le vi en el presidio... y sabrá por qué quise ayudarle a que se fugara. Está usted condenado por una falsificación que yo hice, imitando su firma. Es usted inocente y ya que no he podido evitar de otro modo que no vuelva al presidio, revelo eso, que es cierto y que hasta ahora había callado.

En este momento llegó Jorge, que no había podido encontrar a Mayo y que estaba desesperado; oyó las últimas palabras de Benito y pidió detalles, que le fueron dados...

El juez, acercándose al padre de Mayo, le dijo:

—Soy el juez Trumbull, y le prometo que se procederá sin dilación a la revisión de su causa para que quede usted rehabilitado.

Sabieron los policías con el detenido y salió también Juan. Pusieron a Mayo en libertad, la cual al salir de la casa, viendo a su padre, se abrazó a él. En esto, llegó junto a ellos Jorge, enojado

de alegría por encontrar de nuevo a Mayo, a la que dijo:

—Benito se ha confesado autor del delito por el cual pusieron preso a su padre.

Mayo recibió aquella noticia inesperada con una alegría gozosa. Hizo que se saludaran, presentándoseles, a su padre y a su amado.

Luego Jorge le explicó que el juez había conseguido la rehabilitación del que había de ser su suegro, y convenció a Mayo de que debía volver al lado de los tres solterones, que confesarían humildemente que la habían juzgado con haria ligereza. Mayo, que en el fondo quería a los tres viejos, accedió. Despidieron a Juan, en la puerta, con abrazos y apretones de manos, y entraron en la casa.

Los solterones, que nuevamente se habían quedado solos en el salón, echaban de menos a la joven y sentían el peso del remordimiento por haber dudado de ella.

El doctor, decidido, miró al juez y al banquero con mirada de reproche y dijo:

—Todo fué culpa de la tal hebilla. ¡Vergüenza debía darles!

El juez, en efecto, bajó la cabeza, avergonzado. Y lo propio hizo el banquero. ¡Aquella maldita ocurrencia de la hebilla había tenido la culpa de todo!

Con esto, Mayo y Jorge se acercaban ya al salón. Un criado que les vió se apresuró a dar la noticia a los tres viejos. Entró en el salón corriendo y dijo:

—¡Aquí está la señorita Mayo! ¡Aquí está la señorita Mayo!

Se escondieron los tres detrás de una puerta, para que les buscaran. Cuando apenas lo habían

hecho, entraron los dos jóvenes. Jorge, que se dio cuenta de lo que los solterones habían hecho, fué, procurando no ser visto, y abrió la puerta de súbito, lo que hizo que los tres viejos se precipitaran en el salón súbitamente, cayendo algunos de ellos al suelo.

Procuraron aparecer dignos y con una reverencia pronunciada, dijeron los tres:

—Perdónenos, Mayo, hemos sido tres viejos tontos.

—Ustedes no son viejos, realmente no lo son...

—Pero no niega usted que seamos tontos...

Sonrió Mayo.

Un criado entró los vasos de leche humeante y los tres solterones, cogiendo cada uno el suyo, se retiraron a descansar.

Quedaron solos Mayo y Jorge, que se sentaron junto a la chimenea, en un mismo sofá. Jorge apagó las luces. Y ante las llamas que los iluminaban con un fulgor extraño, juntaron sus labios, ahora ya sin dudas, pues que el destino se había aclarado, y pronunciaron ambos a la vez, muy suavemente, esa palabra encendida como un poema:

—¡Te amo!

FIN

FIGURINES DE MODAS

Los más originales, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal	10—pzas.	Anual
Blouses Artísticas	2—	Temporal
Blouse Ideal	2.50	"
Chapeaux Modernes	3.50	4 veces año
Ideal Parisien	3—	Mensual
Fête des Modes de Paris	4—	Temporal
Manteaux et Costumes de Promenade	5—	"
Mode de Paris	3.50	"
Mode Nationale	1.25	Mensual
New Ladies Fashions	6—	10 veces año
Patrons Favoris Dames	1—	Temporal
Patrons Favoris Cereimonias	"	"
Patrons Favoris Blouses	2.50	"
Patrons Favoris Enfants	1—	"
Patrons Favoris Lingerie	2.50	"
Patrons Favoris Gentlemen	2—	"
Fashions	2—	"
Patrons Favoris Tailleur	5—	"
Patrons Favoris Travesti	5—	Anual
Paris Chic	3—	Mensual
Toilettes d'Entants	2.50	Temporal
Toilettes Modernes	2.25	"
Ultima Elegancia	1.25	Mensual
Tres Chic	4—	"

Estos titulos no necesitan explicacion; figuran a la cabeza de sus familias y su diffusion es inmensa entre la ventajosa escogencia del mundo entero. — Descuentos considerable a los mejores correspondientes y librerias.

Recibidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barba, 15, Apartado 925 — Barcelona